

# El sonido de las ruinas

**C**laudio Favier Orendain, filósofo, teólogo, licenciado en Bellas Artes y arquitecto, llegó a San Juan de Tlayacapan (México) el 21 de diciembre de 1969, día del solsticio de invierno y fiesta de Santo Tomás el Incrédulo, patrono de los arquitectos. Llegó tal vez azorado, desconcertado, desubicado, como él dice, a un pueblo de ochocientos tributarios, situado en Los Altos de Morelos, a 1.600 m. sobre el nivel del mar y relativamente cercano al Estado de México D.F. Llegó quizá con la humilde intención de descansar por unos días, no más. Sin embargo, no fueron unos días, sino diez años los que pasó en San Juan de Tlayacapan. Diez años durante los cuales no hizo otra cosa que mirar con lucidez y medir. Quiero imaginarlo entre las ruinas, las antiguas capillas, el trazado de las calles, cargado de instrumentos de medición, intentando encontrar entre los números algunas respuestas sobre el complejo proceso del conocimiento humano. Entre tanto, entre desplegar la escuadra y la vara, el octacatl<sup>1</sup> y el metro, Favir Orendain se dedicó también a ejercer como maestro rural. El resultado de esos diez años de medición y convivencia, y de un caudal de cultura deslumbrante es este libro, *Ruinas de utopía*<sup>2</sup>.



Resulta francamente difícil abordar la crítica de este estudio y no dejarse algo en el tintero. Y es difícil porque no se trata de un ensayo al uso. Desde que se instauró el Método Científico como el camino para encontrar ciertas verdades (y de manera paradójica, sólo las verdades alcanzables mediante dicho método eran importantes, o dignas de mención), casi todas las disciplinas, incluidas las humanistas, se han convertido en participantes de una extraña carrera de la que resultará vencedora aquella que más rigor científico acumule, convirtiéndose así en punto de referencia. No falta bibliografía sobre el método, las características, categorías y formas de acercarse a la realidad de una manera científica. Disciplinas como la sociología, la psicología, la antropología, la historia e, incluso, la crítica literaria aspiran a poseer una metodología bien definida que diste lo menos posible del Método Científico. Es decir, aspiran a alcanzar verdades comprobables, diáfanos, para que de esta manera la posibilidad

<sup>1</sup> Medida de longitud azteca. Conforme a la medida de los brazos del emperador se construyó un báculo de oro que se llamó octacatl. Este se dividió en tres yólotol, que a su vez fueron divididos en veinte mil, conforme a un sistema matemático vigesimal.

<sup>2</sup> Favier Orendain, Claudio. *Ruinas de utopía*. Edit.: Editorial Regional de Extramadura. Mérida 1989.

de duda y refutación sea, cuando menos, escasa. Se trata de hallar verdades objetivas, verdades en las que el sujeto que realiza la investigación, no se encuentre implicado, de forma que dichas proposiciones alcancen el mayor grado de universalidad posible. No ser objetivo significa sesgar, falsear la verdad. Por supuesto, nadie es tan osado como para hablar de la Verdad, no, se trata de encontrar verdades pequeñas pero irrefutables. Y a estas verdades pequeñas hay que llegar con un rigor y una pulcritud científica y demostrable. Se puede contestar que en la última década se ha comenzado a dudar de la validez de la racionalidad científica como único método de acercamiento a la realidad (uno de los puntos de quiebra fue el fracaso de intentar construir arte aplicando leyes científicas). A pesar de que la duda existe, universidades y ensayistas continúan refugiándose en la metodología científica como en un comprobante de calidad. Si alguien comete el desafuero de plantear un estudio heterodoxo (es decir, un estudio que no haga estricta referencia a verdades «comprobables»), es únicamente perdonado si a cambio de la heterodoxia ofrece cantidades de talento avasalladoras; a pesar de que empieza a ser un lugar común sospechar del pensamiento científico y de que, como dice Dorflès, «existe una pensamiento activo y constructivo más allá de la "conciencia" y del conocimiento totalmente conceptuantes. No necesariamente un pensamiento "débil", o un "pensamiento negativo", sino un pensamiento que utilice las categorías más vinculadas con el "mithos" que con el "logos", más con lo icónico que con lo semántico»<sup>3</sup>. (Conste que no se trata de hacer una defensa de un irracionalismo salvaje o caótico, ni de un pensamiento subconsciente desordenado. Hablar de pensamiento mítico no equivale a hablar de caos).

Pues bien, *Ruinas de utopía* es un estudio heterodoxo. El subtítulo, *Espacio y tiempo en el encuentro de dos culturas*, es bastante elocuente en cuanto a su contenido. Se trata así, de una aproximación a las concepciones espacio temporales del mundo precolombino azteca, un acercamiento a la forma en que aquellos hombres habitaban el tiempo y el espacio; también es un análisis de los sistemas espacio temporales que los conquistadores llevaron; finalmente, el libro es un intento de comprobar cómo ambas formas de habitar el tiempo y el espacio se mezclaron.

En general, en la historia de la antropología no es muy frecuente encontrar estudios interpretativos que aborden simultáneamente las categorías espacio y tiempo. La bibliografía sobre sistemas de parentesco, sistemas de organización socio política, los estudios sobre el poder, la estructura del pensamiento mítico, o sobre el comportamiento sexual, son abundantes y fructíferos. Sin embargo, los estudios sobre el tiempo y el espacio no gozan de la misma atención. Lo cierto es que más bien se han usado dichas categorías para intentar explicar otros fenómenos y otras estructuras, pero no como organizadoras en sí mismas, y de manera conjunta, del pensamiento humano (si acaso los llamados estudios de hermenéutica han sido un poco más osados en esta materia). Tal vez la resistencia a abordar el estudio de estas categorías de una manera holística esté motivada por dos causas: en primer lugar, la dificultad de encontrar una metodología precisa y clara, y en segundo, que resulta muy difícil

<sup>3</sup> Dorflès, Gillo. *Elogio de la inarmonía*. Edit.: Lumen, Barcelona 1989, p. 27.

hablar de concepciones espacio temporales (aunque se encontrara una metodología específica para la antropología) sin caer en el terreno «resbaladizo» de la filosofía y la metafísica, o en el aún más ambiguo de la poesía. La pregunta sobre por qué los llamados estudios científicos y rigurosos necesitan huir de la ambigüedad poética, desembocaría en una discusión agotadora para la que, sea dicha la verdad, no poseo instrumentos conceptuales suficientes. Permítaseme añadir solamente una sospecha: si el lenguaje humano es capaz de generar el milagro de las metáforas, tal vez sea un error analizar la realidad mediante un sistema conceptual en el que ellas no puedan respirar (máxime, cuando se trata de abordar fenómenos artísticos).



Como ya dije, *Ruinas de utopía* no es un estudio ortodoxo, es un libro que tiende a la vida y, por tanto, de difícil disección. Analizar técnicas, metodologías, sería interminable. Se puede decir que no desdeña nada. No se trata de un estudio funcional ni esquemático: antropología, historia de la arquitectura, etnografía, historia de México, se entrelazan para expresar diez años de vida en Tlayacapan. Sospecho que la primera vocación del libro es intentar que el lector intuya y medite. En última instancia, comprueba lo científicamente comprobable, y no se avergüenza de nombrar sospechas, aparentes coincidencias, curiosas señales.

A riesgo de caer en cierto reduccionismo, se puede decir que el libro gira en torno a tres líneas básicas. En primer lugar, presenta un análisis minucioso de la actual disposición espacial de San Juan de Tlayacapan. A partir de este trabajo se produce una consecuencia lógica: el análisis de las razones y el significado de esa construcción del espacio. Finalmente, y puesto que ese fue un espacio construido y habitado por los aztecas, sobre el que después levantaron sus edificios los conquistadores, se plantea un estudio de cómo se han mezclado ambas concepciones espacio temporales. Al margen de todo esto, el libro respira una nostalgia: hubo un tiempo en el que la construcción de los edificios y las ciudades<sup>4</sup> estaba abrazada a sentimientos religiosos sobre el tiempo y el espacio, eso le daba su significado y nadie se avergonzaba de ello; hubo un tiempo en el que el tamaño del muro de un templo, para un azteca, no era una cuestión de funcionalidad, sino, por ejemplo, 52 octacatl, es decir, el quinto nudo de años, aquel en que se alcanza la sabiduría. Hubo un tiempo en el que el milagro de las proporciones era hábito, costumbre, rito.

Dice Favier Orendain que para los aztecas «la peculiaridad humana, a diferencia de los demás seres vivos, era la conciencia gozosa y dramática del tiempo»<sup>5</sup>.

¿Acaso de verdad se vive en la tierra?  
No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí.  
Aunque sea jade se quiebra,  
aunque sea oro se rompe,  
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar,  
no para siempre en la tierra: sólo un poco aquí<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Hay que tener en cuenta que para los aztecas un edificio no tenía sentido aislado, sino como parte de un todo que era la ciudad, de manera que su estructura y medida necesitaba estar acorde y en armonía con ese todo.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 45.

<sup>6</sup> Antiguo poema azteca. *M.S. Cantares Mexicanos, Biblioteca Nacional de México. Fol. 17r. Citado por Miguel León Portilla en Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares. Edit.: F.C.E., México 1961.*

(Acaso tenían razón, y tanto nuestra suerte como nuestra desdicha sea la conciencia del paso del tiempo).

Efectivamente, los aztecas, como cualquier otra cultura, como cualquier otro grupo de hombres juntos, meditaron sobre la muerte, que es como meditar sobre el tiempo. Su mitología les hablaba de sucesivos soles y sucesivos cataclismos, de muerte en la que se regenera la vida. Observando el firmamento aprendieron a construir cuentas, calendarios; los ciclos solares, lunares y venusinos le dieron significado al tiempo. Dividieron el año en trece meses de veintiocho días, más tarde, «intentaron coordinar los trece números augurales cargados de significado mágico, con el veinte de las contabilidades prácticas. Primero estructuraron los calendarios y luego los transcribieron en la metronimia de las ciudades»<sup>7</sup>. Finalmente, para que las cuentas de la astronomía fueran perfectas, era necesario relacionarlas con el destino humano. Para ello, multiplicaron el mágico trece por el práctico veinte y obtuvieron 260 días: nueve ciclos lunares que coinciden con la visibilidad de Venus en el cielo del atardecer. A este período de tiempo lo llamaron «cuenta del destino», y a partir de la conjugación de esos calendarios y esos sistemas de medición, construyeron sus ciudades y habitaron un tiempo que los aztecas ataban en nudos de trece años.

Del año 1468 (dos-pedernal), muerte de Moctecuhzoma Ilhicamina, al 1519 media una «atadura de años» (cincuenta y dos). Esa fue la última atadura en la que los calendarios del destino rigieron la vida de los aztecas. Cortés entró en México-Tenochtitlán el 8 de noviembre de 1519, es decir, el día viento del mes ave migratoria del año 1-caña de la quinta vejez del cuarto sol. Entonces el calendario augural azteca aún regía sus destinos. Y aquel calendario susurraba tenazmente la cercanía del fin del cuarto sol y, tal vez, la llegada de los antiguos dioses. Los aztecas, guerreros del Norte, se apropiaron y, en cierta medida, desvirtuaron los dioses de la tradición tolteca. Las cuentas hablaban del regreso de los dioses mancillados. Aquellos dioses no regresaron, pero los calendarios fueron precisos en cuanto al destino de los aztecas.



Dice Castiglioni que «los aztecas, como todos los pueblos cuyo bienestar se basa en la agricultura, dedicaron su máximo cuidado a fijar las fechas y establecer un calendario»<sup>8</sup>. Tal vez sea cierto que necesidad obliga, pero sospecho que existe una causa más honda (no por ello más importante). Decía Rilke, «costumbres, nunca tenemos suficientes costumbres». Que es lo mismo que decir que nunca tenemos suficientes ritos, porque otorgarle significado al universo ayuda a apaciguar el temor de nuestros corazones.

Cuando llegaron los conquistadores a México-Tenochtitlán, llevaban sus calendarios, sus sistemas de medición y sus cuentas augurales. También su codicia y sus utopías. Algunos ensayistas sostienen que en la conciencia europea del siglo XVI ya existía la necesidad del descubrimiento, la necesidad de hallar un espacio donde sembrar

<sup>7</sup> Favier Orendain, Claudio. *Ibid.*, p. 59.

<sup>8</sup> Castiglioni, Arturo. *Encantamiento y magia*. Edit.: F.C.E., México 19747, p. 130.

la utopía. Según Alfonso Reyes, «antes de ser esta firme realidad que a veces nos entusiasma y otras nos desazona, América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso de trascender los límites»<sup>9</sup>. Uno de aquellos viajeros, cargado con sus creencias, y utopías, con sus varas y escuadras, fue Jorge de Ávila, el alarife agustino encargado de supervisar las obras de los monasterios en la ruta del Sur, que pasaba por San Juan de Tlayacapan (camino que había sido trazado por los aztecas). Este alarife fue también el constructor del monasterio de San Juan Bautista de Tlayacapan. Hay que recordar que los agustinos de la época «eran seguidores del Abad Donato, restaurador en España de la Orden del obispo de Hipona, y muy influido por el idealismo platónico y las corrientes filosóficas islámicas introducidas por los templarios»<sup>10</sup>. De manera que el alarife Jorge de Ávila cargaba con sus sueños, su utopía, sus proporciones armónicas y sus números áureos.

No es casual que sobre antiguos templos y ciudades santas, los conquistadores intentaran edificar su ilusión de la «Ciudad de Dios». «La planta de un edificio responde a necesidades concretas, aunque no carezca de valor simbólico, pero la fachada es un discurso retórico cargado de metáforas, que cuenta a la ciudad los deseos e intenciones de su dueño, del constructor y tal vez de quienes habitan dentro»<sup>11</sup>. Pero más allá de su función como expansora o narradora de la «ideología dominante», la arquitectura, no sólo las fachadas, habla de una forma de habitar el mundo, también de usos y costumbres. Jorge de Ávila había de conocer esto. Puede que conservara ciertas medidas y proporciones aztecas por razones de eficacia proselitista; o tal vez, con sus propios instrumentos de medición, con su propia concepción de espacio-tiempo, les encontró significado a aquellas proporciones augurales aztecas. Cita Favier Orendain a Valery:

Ese templo delicado  
—nadie lo sabe—  
es la imagen matemática  
de una hija de Corinto  
a quien tuvo la dicha de amar<sup>12</sup>.

Quizás Valery había encontrado la intuición y la esperanza de una verdad en estos versos; la misma que encontró Jorge de Ávila construyendo su monasterio, o la que hallaron los aztecas atando nudos de tiempo y levantando su teocallis (casa de dios). El caso es que el alarife de Tlayacapan enterró la primera piedra conventual el día 8 de noviembre (día de la festividad de los patronos secretos de las logias de las catedrales) y que las medidas de la planta del monasterio son 13 por 26 por 52 varas. Así, algunas medidas, algunas proporciones áureas y algunos números augurales aún organizan la forma de habitar el mundo en San Juan de Tlayacapan.

★

<sup>9</sup> Reyes, Alfonso. Obras completas, Tomo XI. Edit.: F.C.E., México 1960, p. 14.

<sup>10</sup> Favier Orendain, Claudio. *Ibid.*, p. 71.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 96.

Estas y algunas otras historias son las que se narran en *Ruinas de utopía*. Se habla de algunos santos, se conversa la historia de México y el carácter de sus habitantes, también se susurra en los cruces de caminos, se festejan y relatan algunas fiestas. Efectivamente, el libro tiene el ritmo de una conversación, de una lúcida y fraterna charla. Es justo, entonces, terminar esta también pretendida conversación con una cita del autor: «Hubo, en un tiempo lejano, un urbanista, un tlayoltehuani, un encargado de divinizar el espacio-tiempo al ritmo de su corazón: fijó un centro según lo insinuaban montes y estrellas y, en él, giró el compás para dibujar una espiral hexagonal con 52 puntos.

»Vino, no hace mucho, desde países extraños, un arquitecto, un alarife, un fraile iluminado dispuesto a construir otra Ciudad de Dios: sobrepuso una escuadra egipcia cubriendo al equilátero y trazó un rectángulo áureo de medidas apocalípticas. Del mestizaje quedan las ruinas, decir que son Ruinas de Utopía no parece descabellado ni pretencioso.»<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Ibid., p. 247.

## Guadalupe Grande